



Araucaria



Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades
Año 12, Nº 24. Segundo semestre de 2010

El mapa del Centenario o un espectáculo de la modernidad argentina en 1910

Autor(es): Carla Lois

pp. 176-196

URL: http://www.institucional.us.es/araucaria/nro24/monogr24_7.pdf

El mapa del Centenario o un espectáculo de la modernidad argentina en 1910

Carla Lois

CONICET-UBA-UNLP (Argentina)

“En los países relativamente atrasados, donde el proceso de modernización todavía no se ha impuesto, el modernismo, allí donde se desarrolla, adquiere un carácter fantástico, porque está obligado a nutrirse no de la realidad social, sino de la fantasía, espejismos, sueños”¹.

Resumen:

Las conmemoraciones del primer Centenario de la Revolución de Mayo, que daría lugar a los procesos de independencia de la República Argentina en 1910, motorizaron una serie de eventos, exposiciones y proyectos arquitectónicos y artísticos. También implicaron un inusual despliegue de material gráfico destinado tanto al público local como extranjero. En ese contexto fue publicado el “Mapa General de la República Argentina”, un mapa que representa el territorio argentino en escala 1: 5.000.000. Impreso a colores, el mapa es una de las caras de un folio de 92 x 54 cm plegable en 16 cuartillas. Tiene en un reverso un extenso texto escrito en inglés en el que se describen aspectos históricos, geográficos, políticos y económicos de la República.

Este trabajo propone, por un lado, revisar el uso de materiales gráficos que hicieron referencia explícita a la geografía nacional en ámbitos de difusión cultural y política de la época: ¿qué elementos de la tradición de las Exposiciones Universales son recuperados para poner en circulación mapas y descripciones geográficas de la Argentina con ocasión de la celebración del Centenario? Por otro lado, se procura examinar el folleto en cuestión a partir del análisis de la relación entre imagen y texto: ¿qué tipo de información despliega el texto y cómo esa información se traduce en el registro cartográfico?

Palabras Claves: Argentina, exposición universal, centenario, cartografía, imaginación geográfica, cultura visual.

¹ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, trad. Andrea Morales Vidal, México, Siglo Veintiuno, 1998, 244.

Abstract:

In 1910, the commemorations of the first centenary of the May Revolution which began the independence process of the Republic of Argentina inspired a series of events, exhibitions, and artistic and architectural projects. They also produced an unusual display of graphic material destined for both a national and international public. In this context, the “Mapa General de la República Argentina,” representing Argentine territory in a scale of 1:5.000.000, was printed in color on one side of a 92 x 54 cm sheet of paper that folded into 16 sections. On the back, it boasted an extensive text written in English describing historic, geographic, political and economic aspects of the Republic.

This essay proposes, on the one hand, to offer a review of the use of graphic materials that made explicit reference to national geography in fields of cultural and political diffusion in the era: what elements of the tradition of World Fairs or Universal Expositions are picked up in the circulation of maps and geographic descriptions of Argentina on the occasion of its celebration of the country’s centenary? On the other hand, it examines this pamphlet putting image and text in relation: what type of information does the text reveal, and how is this information transferred into cartographic form?

Key Words: Argentina, World’s Fair, centenary, cartography, geographical imagination, visual culture.

Introducción

Inspirada en las exposiciones universales y, en general, en sintonía con los modos de celebración de la modernidad que ya tenían una larga tradición en Europa y en Estados Unidos, Argentina organizó una serie de festejos para celebrar el primer Centenario de la Revolución de Mayo. Por la ley 6.286 del 13 de diciembre de 1909 se creó la Comisión Nacional del Centenario, presidida por el Ministro del Interior Dr. Marco Avellaneda². Esta Comisión se ocuparía de coordinar los concursos artísticos, las intervenciones arquitectónicas, la erección de monumentos y la organización de las exposiciones. Entre los objetos auspiciados por la Comisión se cuentan diversos mapas de la República Argentina que fueron publicados con el fervor de esa “fiebre demoledora y edificadora” que buscaba instalar nuevos elencos legítimos que “compendien

² La Comisión Nacional del Centenario estaba compuesta por: Manuel Güiraldes, Intendente de la ciudad de Buenos Aires (vicepresidente 1º), Dr. Norberto Quirno Costa (vicepresidente 2º); Dr. David Peña (secretario) y Francisco P. Moreno, Carlos A. Estrada, Brígido Terán, Adolfo Carranza y el general José Ignacio Garmendia (Comité Ejecutivo). Véase María del Carmen Magaz, “Buenos Aires 1910: el Centenario y el arte público. Documentos, 2006, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires. <<http://www.academiahistoriaba.org.ar/docs/docs0003.htm>>, pág. 4.

la vida nacional”³. En ese contexto conmemorativo, esos mapas nacionales funcionaron como una vitrina en la que la reescritura de la geografía y de la historia nacional adquiriría una visibilidad notable.

Los libros editados con ocasión de las exposiciones “comprenden un conjunto de objetos que buscan reflejar la nacionalidad y, a su vez, funcionan como espejo de la nación hacia el exterior”, ya que “se trata de inventarios que enumeran y clasifican logros nacionales, generalmente medidos en términos materiales”⁴. Los mapas publicados por el Comité del Centenario fueron ensamblados en libros o paneles que buscaban el mismo efecto⁵. Este artículo está centrado en uno de ellos: el “Mapa General de la República Argentina”, un mapa que representa el territorio argentino en escala 1:5.000.000. Impreso a colores, tiene en un reverso un extenso texto escrito en inglés en el que se describen aspectos históricos, geográficos, políticos y económicos de la República. Lleva por título: “Official Publication / Under the Patronage of the Centenary Committee the / Argentine Republic. / The Argentine Republic in its first centennial year / 1810 – 1910 / Statistical and Geographical Information about the Republic and its resources as a country adapted in every way for European immigration / By Alberto B. Martínez / Buenos Aires, 1910”. La experiencia del estadista Alberto Martínez, que ya había participado de la publicación de los censos de población, obras de geografía argentina y manuales para viajeros⁶, respaldaba este folleto destinado fundamentalmente al público extranjero.

³ Álvaro Fernández Bravo, “Celebraciones centenarias: nacionalismo y cosmopolitismo en las conmemoraciones de la Independencia (Buenos Aires, 1910 – Río de Janeiro, 1922)”, en Beatriz González Stephan y Jenbs Andermann, coords., *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América latina*, 2006, 345; Pedro Calzadilla, “Las ceremonias bolivarianas y la determinación de los objetos de la memoria nacional en Venezuela, 1872-1874”, en González Stephan y Andermann, coords., *Galerías del progreso*, págs. 89-116, cita pág. 91.

⁴ Fernández Bravo, “Celebraciones centenarias”, 342. Algunas de las fuentes que pueden ejemplificar este universo de materiales: J. Caffaro, J. *Album gráfico del Centenario*, Talleres Gráficos Arsnova, Buenos Aires, 1911; M. Chueco, *La República Argentina en su primer centenario*, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1910; L. Faleni, *Primo Centenario della Independenza della Repubblica Argentina 1810-1910. Compendio storico illustrato*, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1910.

⁵ Un ejemplo de ello es el *Album Gráfico de la República Argentina en el Primer Centenario de su Independencia*; una obra editada el año siguiente a la Exposición. La tabla de contenidos del Álbum del Centenario propone las siguientes materias en este orden: “Carátula Alegórica”; “Extracto de la Constitución”; “Planisferio”; “Nociones de Geografía, Física y Comercial” y “Mapa de la República” (luego siguen los capítulos). Este esquema que antepone la geografía a una narración histórica o a un balance contemporáneo no sólo ya tenía una larga tradición sino que no hace sino reforzar discursivamente el dispositivo de *escenario* que la imagen cartográfica ponía en acción. Descrito el escenario, el espectáculo tomaba forma.

⁶ Algunas de sus obras son: *The Argentine Republic in its first centennial year 1810-1910; statistical and geographical information about the Republic* (Buenos Aires, 1910), *The Argentine in the Twentieth Century* (Buenos Aires, 1910); *Year-Book of the City of Buenos Aires* (junto a Carlos T. de Alvear), *Manual del Viajero* (Buenos Aires, 1904, 2da edición); *L'Argentine au XX Siècle* (junto a M. Lewandowsky, Paris, 1900) y *República argentina. Censo general de educación levantado el 23 de mayo de 1909, durante la presidencia del dr. José Figueroa Alcorta, siendo ministro de justicia é instrucción pública el dr. Rómulo S. Naón* (Buenos Aires, 1910).

El Mapa General es un ejemplar particular y representativo de ese universo de materiales. Es *particular* porque es un folio plegable, de distribución independiente, que se presta a diferentes formas de consumo: es plausible tanto de ser exhibido sobre una pared como de ser transportado en un maletín. Sin embargo es también *representativo* porque, a menor escala y con recursos más limitados que los que pueden desplegarse en un libro, este folleto articula en forma condensada los mismos elementos temáticos y estilísticos que se encuentran en los libros editados con ocasión de las exposiciones.

El interés vertebral de este trabajo no es sólo interpelar la geografía nacional imaginada que fue puesta en circulación a través del Mapa de la República Argentina, publicado en 1910 en un documento de divulgación producido por el Comité del Centenario, sino, sobretodo, interpretar dicho mapa como parte de una cultura visual geográfica a partir de una interrogación más general acerca de qué significa celebrar el centenario con un mapa. Para retomar las palabras de Berman con las que se abre este artículo: ¿cuáles fueron las fantasías, los sueños y los espejismos puestos en escena en la cartografía del Centenario?

El montaje del Centenario: la oportunidad de Latinoamérica para exhibirse

Hoy en día, en las vísperas del bicentenario de la Revolución de Mayo que daría origen al proceso de independencia y de organización de la República Argentina, la cuestión de la identidad nacional es objeto de debate en ámbitos intelectuales, académicos, periodísticos y artísticos. El interés y las reflexiones sobre la historia están visiblemente atravesados por la agenda de preocupaciones contemporáneas (que podríamos sintetizar burdamente como un temario de cuestiones relacionadas con las crisis de diverso tipo y escala, y la incertidumbre ante el futuro). De un modo análogo, la conmemoración del primer centenario de la Revolución de Mayo en 1910 fue la caja de resonancia de un conjunto de tópicos de la época. A modo de proposición deliberadamente general y un poco imprecisa, podemos asumir como punto de partida que, en la coyuntura del primer centenario, un conjunto de valores, ideas y proyectos que venían dando forma a lo que genéricamente podemos denominar identidad nacional asumieron modos públicos y visibles, algunos de ellos también montados como espectáculos. Puede sugerirse que la densidad de los eventos conmemorativos (concentrados en el tiempo y en el espacio) que celebraban la “argentinidad” con narrativas más o menos coherentes en torno a un conjunto de tópicos considerados positivos –la modernidad, el progreso económico, la civilidad- contribuyó a dar solidez a cierto imaginario nacional o, al menos, a crear una ilusión relativamente articulada sobre el pasado, sobre el presente y sobre el futuro.

La Exposición Nacional de 1910 con la que la Argentina buscaba celebrar y promocionar la celebración del Centenario fue un evento inspirado en la tradición de las exposiciones universales y la lógica exhibicionista de la “vitrina”⁷ según la cual, se construía, por un lapso limitado de tiempo, un “microcosmos celebratorio del orden mundial propio de la época imperial”⁸. En cierto modo, esta exhibición significaba la continuidad de una serie de eventos similares que ya se habían concretado en diversas ciudades argentinas⁹. Pero aun si se acepta que “la celebración del centenario fue una fiesta marcadamente nacional, dirigida hacia un público doméstico, donde las presencias extranjeras más relevantes son las de España e Hispanoamérica”, no es posible pensar este evento sólo en la escala nacional: el montaje de la feria del Centenario fue parte de un movimiento celebratorio más amplio y variado, que estaba en sintonía con eventos similares que tenían lugar en los estados latinoamericanos¹⁰.

En efecto, la Exposición realizada en Buenos Aires en 1910 no fue algo inédito ni exclusivo de Argentina. Por el contrario, se trataba de un fenómeno de escala regional: la desarticulación del imperio hispánico en América había dado como resultado una serie de procesos independentistas que determinarían un calendario de “nacimientos de naciones” latinoamericanas relativamente contemporáneas (al que no mucho más tarde se sumaría el Brasil). Por lo tanto, en las primeras décadas del siglo XX gran parte de la América latina estaba comprometida con la conmemoración del primer centenario de la independencia y, para celebrarlo, se motorizaban eventos, exposiciones y proyectos arquitectónicos y artísticos. En ese contexto, se organizaron exposiciones (como la Exposición Nacional de Buenos Aires en 1910 y la de Río de Janeiro de 1922) que, inspiradas en las ferias, exhibiciones y exposiciones universales, pretendían honrar la modernización y la modernidad.

Los eventos de las celebraciones centenarias latinoamericanas tuvieron, a pesar de los matices que efectivamente individualizan cada caso, un denominador común: la coyuntura del centenario fue un momento propicio para la

⁷ Irina Podgorny y Lopes, María Margaret, *El desierto en una vitrina, Museos e historia natural en la Argentina del siglo XIX*, 2008, Limusa, México.

⁸ Patricia Dosio, “Juego de miradas: el arte en las exposiciones internacionales argentinas (1882-1910)”, en González Stephan y Andermann, *Galerías del progreso. Museos*, 295-330, cita pág. 295. Véase también María Silvia Di Liscia y Andrea Lluch (ed), *Argentina en exposición. Ferias y exhibiciones durante los siglos XIX y XX*, 2008, Colección Universos Americanos. CSIC, Madrid-Sevilla.

⁹ En Argentina, la primera feria de esta naturaleza es la Exposición de las Industrias y las Artes que se monta en Córdoba entre octubre de 1871 y enero de 1872, un evento que la prensa contemporánea definía como “un torneo industrial” y que, según remarca Boixadós, formaba parte de una estrategia más amplia emprendida por el gobierno de Domingo Faustino Sarmiento marcada por “un conjunto de acciones de transformación de la sociedad argentina, que debían operarse en y desde la ciudad de Córdoba, junto con la inauguración de la Academia de Ciencias y del Observatorio Nacional”. María Cristina Boixadós, “Una ciudad en exposición. Córdoba, 1871,” *Revista Modernidades* (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina), Año IV, Núm. 8, 2008, disponible en: <<http://www.ffyh.unc.edu.ar/modernidades/VIII/DEFINITIVOS/Art.Boixados.htm>>

¹⁰ Fernández Bravo, “Celebraciones centenarias”, pág. 359.

cristalización de un pasado recientemente inventado y, sobre todo, para generar los objetos materiales que, con la excusa de la celebración, permitieran dar tangibilidad a esa tradición inventada¹¹. En cierta forma, el hecho de montar espectáculos de esta naturaleza y de esta envergadura en Latinoamérica era la resignificación y la adaptación de prácticas de construcción de identidad que los países de la región ya venían tejiendo también en el nivel internacional. Hacía tiempo que la idea de que las Exposiciones universales eran una circunstancia propicia para que los estados latinoamericanos construyeran y consolidaran una imagen propia basada en la identidad nacional formaba parte de las preocupaciones de las comitivas dedicadas a la organización de cada pabellón. En 1890, Santiago Alcorta comentaba que cuando el Director de la Exposición Universal de 1889 propuso “a todos los delegados de la América latina que formasen un sindicato, como lo habían hecho para la Exposición de 1878, a fin de que figurasen todos esos países en un solo pabellón, que tomaría el nombre de Pabellón de la América Central y Meridional”, el Delegado argentino se opuso a dicha moción por encontrar “inconvenientes en esta agrupación”. Finalmente resalta con orgullo que el Director, “Mr. Berger acabó por aceptar la idea de los pabellones separados, y solo quedó para arreglarse el espacio que se acordaría a cada país”¹².

El carácter temporal y efímero de las exposiciones no parece guardar ninguna relación directamente proporcional con la herencia material que han dejado en los lugares en que fueron emplazadas. La Exposición Nacional de 1910 fue un evento que dejó huellas profundas en la ciudad de Buenos Aires¹³: las intervenciones urbanas que sostuvieron la Exposición condensaron un momento de monumentalización “en que la ciudad pudo acoger en sus calles los bronce y mármoles representando a personajes de la historia que aún no habían sido monumentalizados, comenzando a revertir ese carácter de “texto inconcluso” que le cabía a Buenos Aires en tanto espacio de simbolización, de “novela aplazada en entregas”¹⁴.

¹¹ Sobre el caso mexicano véase: María de las Nieves Rodríguez y Méndez de Lozada, “La Celebración del Centenario de la Independencia de México en 1910 a través de algunos grabados de José Guadalupe Posada”, *Takwá*, nos. 11-12, 2007, págs. 157-172. Sobre el caso colombiano, véase Alejandro Garay, “La Exposición del Centenario: una aproximación a una narrativa nacional”, Museo de Bogotá, <<http://www.museodebogota.gov.co/descargas/publicaciones/pdf/La%20exposicion%20del%20Centenario.pdf>>, 2007.

¹² Santiago Alcorta, *La República Argentina en la Exposición Universal de París de 1889. Colección de informes reunidos por el delegado del gobierno D. Santiago Alcorta. Publicación oficial. Tomo I*. París. Sociedad Anónima de Publicaciones Periódicas. Imprenta P. Mouillot, 1890, pág. 4.

¹³ Véase Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, en particular la segunda parte: “Omisiones (en torno al centenario)”, págs. 175-308.

¹⁴ Patricia Méndez y Rodrigo Gutiérrez Viñuales, “Buenos Aires en el Centenario: Edificación de la nación y la nación edificada”, *Apuntes*. Vol 19, núm 2, págs. 216-227, pág. 223.

La arrolladora “apoteosis materialista”¹⁵ -encarnada en los monumentos, los edificios y las estatuas que decoraron la ciudad y transformaron su fisonomía- explica que la mayor parte de los estudios sobre la cultura material relacionada con las celebraciones de los centenarios y con las exposiciones hayan dado una notable primacía a la arquitectura y a los monumentos, incluyendo aquellos trabajos que se han concentrado en el montaje de las exposiciones propiamente dichas como “la escenificación del progreso” y también en el desarmado y la “ilusión desvanecida”¹⁶. En cambio, menos atención ha recibido el inusual despliegue de material gráfico destinado tanto al público local como al extranjero que acompañó la “fiebre celebratoria”. No obstante, el espectáculo de la Exposición del Centenario también tuvo sus imágenes.

El mapa como espectáculo: exposiciones, naciones y cartografías

A principios del siglo XX, los mapas ya formaban parte del elenco estable de objetos de exhibición en las exposiciones universales así como también de las ferias industriales, congresos internacionales y otros eventos similares¹⁷. Si tomamos como válida la idea de que en las exposiciones universales, los objetos, las culturas, las colonias y algunos países eran presentados, vistos y manipulados como mercancías, se vuelve pertinente explorar en qué sentidos el mapa formaba parte de ese mercado¹⁸.

Asumiremos, por tanto, que la exposición universal misma (o su versión vernácula) resulta un *mercado* específico, un “espacio de intercambio científico y comercial, indicadores del desarrollo capitalista de las sociedades, y de confrontación de nacionalismos”¹⁹. Entendida de este modo, la exposición es una puesta en escena que activa una disposición al consumo de una manera muy particular: en “clave espectáculo”²⁰. Entonces, a pesar de lo efímero del encuentro pero dado que la sociabilidad de esos eventos y las formas de consumo cultural asociada a ellos apuntaba al establecimiento de contactos y la proyec-

¹⁵ Fernández Bravo, “Celebraciones centenarias”, utiliza esta expresión en su estudio sobre la cultura material de la celebración de los aniversarios de la Independencia en Brasil y en la Argentina.

¹⁶ Boixadós, “Una ciudad en exposición”, pág. 14.

¹⁷ Véase Emmanuel de Margerie y Louis Raveneau, “La Cartographie à l’Exposition Universelle de 1900”, *Annales de Géographie*, vol. IX, num. 46, 1900, págs. 291-312. Para un análisis de este proceso, véase en Marie-Claire Robic, « L’UGI, enjeu des relations internationales », en Marie-Claire Robic, Anne-Marie Briend y Mechtild Rössler, eds., *Géographes face au monde*, Paris, L’Harmattan, Paris, 1996, págs. 241-252.

¹⁸ Robert W. Rydell, *World of Fairs: The Century-of-Progress Expositions*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, pag. 20.

¹⁹ Dosio, “Juego de miradas”, pág. 295.

²⁰ No parece casual el hecho de que cuando Timothy Mitchell despliega el concepto del “mundo como exhibición” tome como punto de partida la Exposición Universal de París en Timothy Mitchell, “The world as exhibition”, *Comparative studies in society and history* 31, 1989, págs. 217-236.

ción de vínculos duraderos, podemos imaginar el microcosmos de la exposición como una “sociedad del espectáculo”. Guy Debord acuñó esa expresión para caracterizar la sociedad de los años 1960s y, en particular, para señalar que en esas sociedades todo lo que una vez había sido vivido directamente se había convertido en una mera representación. Es probable que la idea de Debord sea apropiada para aproximarnos a esa lógica miniaturizante de las exposiciones que articula un doble juego entre geografías que podían ser transitadas *en el mundo* o *en las exposiciones*. El mapa se inscribe en esa articulación como un dispositivo de síntesis de esa geografía que puede ser recorrida en un viaje real y que también puede ser transitada “a escala” en la exposición.

Pero además, para comprender la clave de apreciación que el mapa pudo haber tenido en esas audiencias (no especialmente entrenadas en los lenguajes formales de la cartografía) hay que considerar que la imagen-mapa en su sentido más genérico formaba parte de una cultura visual de la época asociada a las ciencias. Como tal, era vista como parte del desarrollo de lenguajes gráficos de los que la ciencia se servía para dar formas visibles y racionales a sus objetos de estudio. En particular interesa destacar que, como señala Bruno Latour, las imágenes –sus lenguajes, sus condiciones técnicas de reproducción, su potencialidad de “trasladar” la experiencia de lo visto y recrearla en lugares lejanos respecto de esa primera experiencia de observación– permitieron y exacerbaron la movilidad del saber: los objetos de estudio localizados en diferentes partes del mundo tomaron formas manejables, móviles, inmutables al desplazamiento y podían ser, por tanto, llevados a los “centros de cálculo” donde serían analizados, consumidos e incluso reproducidos²¹. Se trataba de imágenes legibles y combinables que se plegaban tanto a las exigencias del saber científico como a las redes de poder y negociación que entramaban esas geografías de la ciencia. Además, en sus formas más sencillas y simples, se transforman en herramientas de convencimiento y persuasión, incluso ante audiencias escépticas. Desde estas premisas resulta fácilmente imaginable el rol de los mapas en las Exposiciones: trasladar geografías lejanas hacia teatros distantes y montar espectáculos que combinaban dosis apropiadas de formas científicas (también cuando se resignara el lenguaje sofisticado por figuras sencillas, como es el caso del mapa que está en el centro del análisis de este artículo) con experiencias de viajes, placer y exotismo.

En este contexto, los mapas exhibidos estaban más llamados a demostrar “el progreso” de la ciencia (encarnado en la representación cada vez más detallada del terreno y en el acopio de información) que a ser objeto de discusiones teóricas o técnicas relativos a la confección cartográfica propiamente dicha.

²¹ Bruno Latour, “Les ‘vues’ de l’esprit. Une introduction à l’anthropologie des sciences et des techniques”, en Madeleine Akrich y Michel Callon, eds., *Sociologie de la traduction. Textes fondateurs*. Paris, Presses de l’Ecole des Mines de Paris, 1996, págs. 33-70.

En realidad, la dimensión técnica de la factura cartográfica era considerada un campo para expertos que no interesaba al público en general y cuyos verdaderos interesados “ya estaban al corriente”²². Esta apreciación generalizada se apoya, por un lado, en el hecho de que la cuestión cartográfica venía especializándose como un saber progresivamente autónomo de otras disciplinas (incluyendo la geografía²³), debido, entre otras razones, al desarrollo exógeno de instituciones especializadas y de la afirmación progresiva del grupo profesional de topógrafos y geodestas²⁴.

Por otro lado, hacia fines del siglo XIX gran parte de los estados modernos estaban comprometidos con diversas tareas orientadas a la producción de una cartografía topográfica a gran escala que, en muchos casos, era de factura militar²⁵. En sintonía con el espíritu de fraternidad que solían enarbolar las exposiciones, el montaje de las exposiciones solía hacer ingentes esfuerzos por ubicar a la cartografía –incluida la cartografía militar– dentro de las ciencias del progreso y por desvincularla de la estrategia bélica: en la Exposición Universal de París de 1878, los instrumentos topográficos y los mapas fueron los únicos trabajos directamente expuestos como productos firmados por el Ministerio de Guerra de los distintos países; pero al mismo tiempo se buscó que los mapas ocuparan un lugar destacado en las secciones destinadas al Ministerio de Enseñanza Pública para que no fueran representativos de la institución castrense y que, en cambio, fueran apreciados como materiales útiles para la instrucción civil. Esta preocupación era lógica si se considera que la Exposición de París de 1878 se proponía como una gran manifestación pacífica consagrada a las ciencias, las artes, el comercio y la industria, con la exclusión deliberada de todo lo relativo a la guerra²⁶.

Naturalmente, los discursos voluntaristas no fueron suficientemente convincentes como para que todos los estados participantes en las exposiciones,

²² [Capitaine du Génie], B. Bornecque, “La Cartographie Militaire à l’Exposition Universelle de Paris”, *Journal des Sciences Militaires* (Paris), 1880, pág. 2.

²³ El proyecto internacional del mapa del mundo al millonésimo, surgido como una de las propuestas en el seno del Congreso Internacional de Geografía de Berna en 1891, pasó a organizarse en forma autónoma bajo la órbita de una oficina creada *ad hoc*, el Central Bureau” Carla Lois y Marina Reznik, “El impacto de la *Carte Internationale du Monde 1:1.000.000* y de la *Carte du Ciel* en la organización del campo científico argentino entre 1890 y 1920. ¿En ‘el sendero glorioso de la ciencia universal?’” (en prensa).

²⁴ Marie-Claire Robic, “Les Vœux des premiers congrès: dresser la carte du monde”, en Robic, Briend y Rössler, eds., *Géographes face au monde*, págs. 149-178, cita pág. 176.

²⁵ Sobre la autonomización de la cartografía topográfica, véase Gilles Palsky, “Mapas topográficos y mapas temáticos en el siglo XIX”, en Diogo Ramada Curto, Angelo Cattaneo y André Ferrand Almeida, *La cartografía Europea tra Primo Rinascimento e fine dell’Illuminismo*, Leo S. Olschki Editore, Florencia, 2003. Sobre la relación entre el estado y los programas institucionales de confección de cartografía topográfica, Francesc Nadal y Luis Urteaga, “Cartografía y Estado. Los mapas topográficos nacionales y la estadística en el siglo XIX”, *Geocrítica* (julio 1990), Facultad de Geografía e Historia, Univesitat de Barcelona, Barcelona, <<http://www.ub.es/geocrit/geo88.htm>> .

²⁶ B. Bornecque, “La Cartographie Militaire”, pág. 1.

deponiendo sus resquemores y otras suspicacias, se dispusieran a poner sobre la mesa internacional sus propios mapas: el hecho de que varias de las grandes potencias –por ejemplo, Alemania, Inglaterra, Austria y Rusia- no enviaran los productos de sus institutos cartográficos oficiales a la Exposición parisina de 1878 revela que el discurso de la cooperación tenía todavía ciertos límites y que la concepción estratégica que se tenía de la cartografía era uno de ellos²⁷.

Sin embargo, los llamados países nuevos (es decir, organizados como resultado de la disolución de los imperios ibéricos), que participaban de estos eventos movidos por otros intereses y otros objetivos (más vinculados con su legitimación en el concierto de las naciones modernas) se dedicaron a elaborar cartografías “nuevas” *ad hoc* con las que se presentarían ante el resto del mundo. La exhibición de mapas de factura nacional alentaba las expectativas de consolidarse dentro del grupo de naciones modernas reconocidas de pleno derecho. En la coyuntura del cambio de siglo, la producción de mapas se tomaba como uno de los indicadores que permitía evaluar el progreso científico y técnico de un estado, al mismo tiempo que una expresión del grado de organización y de civilización de esa sociedad. Nos contentaremos con citar el caso del proyecto del Mapa del Mundo al Millonésimo para ilustrar lo que venimos afirmando: cuando en 1909 se puso en marcha el programa internacional, coordinado por Francia, para elaborar el primer mapa del mundo realizado con criterios homogeneizados, fueron convocados sólo aquellos estados que tenían servicios cartográficos. Esos estados no sólo se ocuparían de los mapas de sus propios territorios sino que asumirían paternalmente la misión de cartografiar los territorios de aquellos estados que no estuvieran en condiciones técnicas de hacer sus propios mapas²⁸.

Estos mapas deben ser pensados como parte de un elenco de objetos con el que los países nuevos iban a mostrarse antes los países “civilizados” y que, como tales, formaron parte de esas “autoimágenes o [de una] autoetnografía” que, en rigor, eran “un discurso en el que se produce un diálogo con la mirada metropolitana, buscando responder y en lo posible corregir las imágenes exotistas formuladas en Europa sobre las culturas periféricas”²⁹. Es cierto que una parte del público europeo veía a América latina como un bloque relativamente homogéneo formado por un grupo de estados bastante inestables y débiles cuyas sociedades eran pobres y culturalmente atrasadas. De hecho, las delegaciones argentinas buscaron con insistencia replicar esa imagen. El presidente del Instituto Geográfico Argentino, Estanislao Zeballos, por ejemplo,

²⁷ Bornecque, “La Cartographie Militaire”, pág. 2. A menudo se ha remarcado el contraste entre las aspiraciones al internacionalismo y la fuerza de los antagonismos nacionales durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, en particular en lo que atañe a las asociaciones científicas. Robic, “L’UGI, enjeu des relations internationales”, pág. 241.

²⁸ Lois y Reznik, “El impacto de la *Carte Internationale du Monde*”.

²⁹ Fernández Bravo, “Celebraciones centenarias”, pág. 338.

consideraba que escoger objetos exóticos habría tenido un significado negativo para los intereses de la civilización de la República Argentina porque, sostenía, “la Europa no poseía todavía una opinión exacta y unánime sobre este país”³⁰. En otras palabras, “para la delegación argentina, el imperativo era mostrar una imagen de sociedad civilizada, que se difundiría llevando a estos eventos producciones que dieran cuenta de las actividades desarrolladas en términos científicos, comerciales y de ocupación territorial. Así, Zeballos era partidario de presentar “objetos naturales e industriales, así como libros y mapas en número importante”³¹.

Pero también es cierto que, junto a esas miradas exotistas, había otras posturas que se inclinaban por reconocer las heterogeneidades de los procesos económicos, políticos y culturales que tenían lugar en estas latitudes. En ese panorama, Argentina –junto a Chile y Brasil– solía verse favorecida con una apreciación positiva que destacaba los progresos materiales que se confirmaban con su integración al sistema económico mundial³². Los mapas allí presentados apuntaban a ser instalados dentro de un circuito de personas e instituciones influyentes en el nivel internacional: una crónica que nos acerca Santiago Alcorta de la distribución del catálogo (“un libro importante, precedido de un mapa y de una breve descripción de la República”³³) editado para llevar a la Exposición de París de 1889 sirve claramente para delinear esos circuitos:

Mandó ella [la Comisión de la Argentina] formar colecciones completas [del catálogo publicado], y las hizo distribuir a los altos funcionarios franceses y extranjeros de la Exposición, a todas las bibliotecas públicas de Francia, y de los demás países principales de Europa, como ser la Gran Bretaña Alemania, Rusia, Austria-Hungría, España, Bélgica, Italia, Suiza, Dinamarca, Portugal, Suecia y Noruega, así como a sus Cámaras de Comercio, Universidades, Sociedades de Geografía y de Estadística, Academias de Ciencias y a los Institutos técnicos.

A cada gobierno ofreció además un número de esas mismas colecciones, que todos han aceptado con agradecimiento.

Otras más reducidas y especiales se formaron y repartieron a aquellas escuelas de minas y de agricultura de esos mismos países, de cuya existencia

³⁰ Estanislao Zeballos, “El Instituto Geográfico Argentino”, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* (Buenos Aires), Tomo XVIII, 1896, pág. 259.

³¹ Estanislao Zeballos, citado en Perla Zusman y Carla Lois, “Geografía y política en el proceso de consolidación del Estado argentino: estrategias científico-culturales de reconocimiento político internacional”, 2004, mimeo presentado VI Congreso de Historia de las Ciencias y la Tecnología “20 años de historiografía de la Ciencia y la Tecnología en América Latina”, Sociedad latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología. Buenos Aires, 17 al 20 de marzo de 2004. pág. 4

³² Patricia Dosio desarrolla esta diversidad de miradas sobre los países latinoamericanos para el caso de la Exposición Universal de París de 1889. Véase Dosio, “Juego de miradas”, 95-297.

³³ Alcorta, *La República Argentina*, pág. 20.

se ha llegado a tener conocimiento por medio de las Oficinas de Informaciones.

Algunos miles de ejemplares de la descripción de la República, con el mapa, se han enviado a los colegios y escuelas secundarias de toda la Europa, dirigiéndolos a sus profesores de geografía, quienes hasta ahora han estado enseñando por viejos textos, que nadie les ordenado reempezar.

Volúmenes sueltos y aun colecciones en ciertos casos, se han dirigido a los hombres de ciencias de todas partes, y los simples folletos con aquella descripción a cuanto hombre notable en la política, las artes y la literatura se ha podido reunir en las listas formadas con ese propósito.

Toda esta labor, que había convertido a la Comisión en una verdadera oficina de propaganda, ha ocupado a la delegación durante algunos meses³⁴.

Argentina había presentado varios mapas en diversas exposiciones internacionales y algunos de ellos habían sido incluso premiados³⁵. Ante esta audiencia, parecía vital insistir sobre ciertas premisas que funcionaban como pilares de la autoimagen que Argentina tenía de sí misma y que quería promocionar: los mapas exhibidos mostraban un territorio organizado en provincias y gobernaciones, un Estado que había logrado avanzar sobre los territorios indígenas del Chaco y de la Patagonia para sumar terrenos loteados dedicados a la producción (colonias agrícolas y latifundios ganaderos), un territorio sin geografías desconocidas y con límites internacionales establecidos. El primer mapa oficial impreso de la Argentina que incluyó dentro de su contorno la Patagonia fue el que hicieron Arthur von Seelstrang y A. Tourmente en 1875 para la Exposición de Filadelfia de 1875³⁶ como parte de la obra de geografía firmada por Richard Napp *Die Argentinische Republik*³⁷. En rigor, todo el proyecto montado para la presentación de Argentina en la Exposición de Filadelfia, y el mapa en particular, fueron pensados como una potente carta de presentación ante la comunidad internacional. Se confiaba en que esas “señales de progreso” también posibilitarían un posicionamiento político favorable ante los estados europeos y ante Estados Unidos, especialmente en lo concerniente al reconocimiento de la institucionalidad política y la potencialidad del desarrollo econó-

³⁴ Alcorta, *La República Argentina*, pág. 21.

³⁵ En la Exposición Universal de Chicago de 1893 se premió el Mapa topográfico de la República Argentina. Construido sobre los datos más recientes y dedicado al Exmo. Gobierno de la Nación por H.D. Hoskold, Ingeniero Civil y de Minas; Director General del Departamento Nacional de Minas y Geología; Inspector General de Minas de la República... *El ejemplar original del presente mapa mereció el más alto premio en la exposición de Chicago en 1893. Escala 1: 2.000.000.*

³⁶ Una copia de esta imagen está disponible en: <http://collections.lib.uwm.edu/cdm4/document.php?CISOROOT=/agdm&CISOPTR=567>

³⁷ La obra de Napp fue publicada por el Comité Central Argentino para la Exposición de Filadelfia en 1876 en Buenos Aires, en castellano, francés, alemán e inglés. Además de haber sido entregada en la Exposición, fue distribuida en los consulados argentinos en Europa.

mico. En efecto, Perla Zusman, que analiza la participación de Argentina en las exposiciones universales de Filadelfia (1876) Chicago (1893), encuadra estos eventos dentro de una red de intereses recíprocos de sus participantes: “Las exposiciones universales se constituyeron en espacios de consumo y entretenimiento pero también fueron ámbitos desde donde se promovía el capitalismo industrial y la expansión imperial. Los países latinoamericanos buscaron insertarse en estas celebraciones con el fin de atraer inversiones e incentivar la migración. A la vez, deseaban demostrar que se encontraban en condiciones de insertarse en el orden mundial”³⁸.

Es probable que sea necesario relativizar el impacto efectivo que estos votos de intención lograron materializar. Sin ir más lejos, aunque el mapa de Seelstrang representó un hito irreversible en la cartografía nacional argentina (entendiendo por tal el hecho que tras su publicación, ningún otro mapa oficial publicado en la República Argentina dejaría de incluir la Patagonia como parte del contorno del territorio argentino), en el extranjero se siguieron publicando mapas según los cuales el límite sur de la Argentina seguía siendo el Río Negro. Con este breve comentario se pretende indicar que, más allá de la audiencia presupuesta (los destinatarios enunciados explícitamente o pasibles (susceptibles) de ser inferidos a partir de ciertos elementos, como el idioma, que componen el documento), los itinerarios de circulación y de consumo de esos materiales no siempre quedan restringidos a esos receptores imaginados sino que, muy por el contrario, suelen tener resonancias en ámbitos variados. Más todavía, esos destinatarios no son siempre los que terminan estableciendo la valoración o la apreciación que definirá el modo en que o la importancia por la que esos materiales serán reconocidos más tarde.

El espectáculo que compone el *Mapa General* promovido por el Comisión del Centenario y el texto impreso en su reverso es el de una *geografía imaginada* que se presenta como el escenario de la civilización de lo que Benedict Anderson ha convenido designar “comunidad imaginada”. Sin embargo, como espectáculo no interpela sólo a la comunidad imaginada de referencia sino que también busca darle figura a esta nación nueva como un personaje más dentro del concierto del teatro del mundo.

³⁸ Perla Zusman, “Negociando las imágenes de la Nación. Representaciones geográficas y participación Argentina en dos Exposiciones Universales estadounidenses (1876-1893)”, en Geraiges de Lemos, A. I., Galvani, E. (org.) *Geografía. Tradições e Perspectivas. A presença de Pierre Monbeig*, São Paulo, Clacso-USP-Expressão Popular, 2009, págs. 269-290.



Figura 1

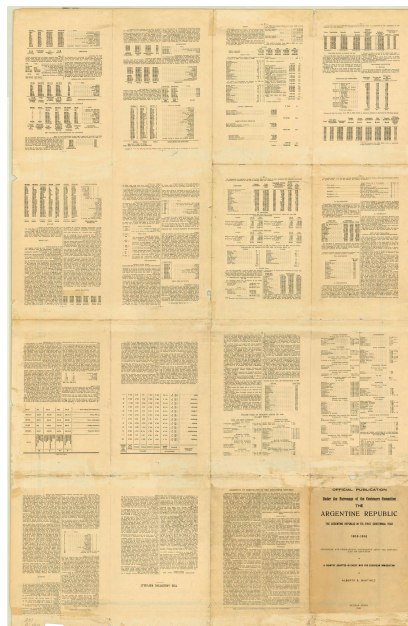


Figura 2

Alberto B. Martínez, *Mapa general de la República Argentina*, Centenary Committee, Argentine Republic, 1910. Scale 1:5,000,000. 92 x 54 cm. From the American Geographical Society Library, University of Wisconsin-Milwaukee Libraries. URL: <http://collections.lib.uwm.edu/cdm4/document.php?CISOROOT=/agdm&CISOPTR=570>

La geografía nacional como discurso del centenario

Impreso en un pliego de 92 x 54 cm, el folleto en cuestión tiene dos caras. De un lado, el *Mapa general de la República Argentina* en colores. A pesar de que las dimensiones murales de este mapa podrían haber admitido un diseño más detallado, la imagen cartográfica propiamente dicha es relativamente sencilla: se trata de la silueta del territorio argentino coloreado como un rompecabezas (donde cada pieza corresponde a una provincia o a un territorio nacional), rodeada por los contornos de los países vecinos (que quedan en blanco y sin ninguna identificación toponímica). Esta masa continental del cono sur de Sudamérica está enmarcada por los océanos –cuyos respectivos nombres son bien visibles. Un pequeño recuadro lateral incluye el título y la leyenda. El título y la leyenda están escritos en castellano en una cartela que quedó sin completar: todo parece indicar que se buscaba aprovechar alguna de las planchas entre las ya existentes en el mercado local (en efecto, como ya dijimos, se trata de una imagen bastante corriente en su tiempo)³⁹.

En su reverso hay un extenso texto en inglés, titulado: “Official publication under the patronage of the Centenary Committee, the Argentine Republic in its first centennial year: 1810-1910 statistical and geographical information about the republic and its resources as a country adapted in every way for European immigration by Alberto B. Martínez, Buenos Aires 1910.” El texto comienza con la descripción física y política del territorio⁴⁰, continúa con la descripción de la productividad económica (donde se intercalan tablas estadísticas y números que parecen legitimar cuantitativamente el progreso) y termina con las disposiciones vigentes para la aceptación de inmigrantes. También se despliegan datos sobre la industria cultural (“printing works”, “lithography” y “book binding”) que permiten establecer parangones comparables con los casos europeos.

Las letras diminutas saturan el pliego, como quien tuviera la urgencia de decir demasiado en poco espacio. Además, no faltan las estadísticas y los cuadros que prueban que no se tratan de simples apreciaciones subjetivas de viaje-

³⁹ Dos años más tarde este mismo mapa sería publicado con la cartela en inglés: *Geographical Map of the Argentine*, Barcelona, Casa Editorial Sopena, 1912, escala 1: 5,000,000. Disponible en http://alabamamaps.ua.edu/historicalmaps/southamerica/New%20South%20America%20Divisions/Southern_After1875.htm

⁴⁰ “Situation, boundaries, area, and population”; “Political organization”; “Climate”;

ros sino de datos disciplinados, organizados y comparables. El texto completamente escrito en inglés sugiere que este material está destinado a una audiencia extranjera.

El hilo narrativo del texto propone que las condiciones naturales garantizan el progreso productivo y que el crecimiento económico es un atractivo para la inmigración. Por cierto, en esos tiempos era habitual encontrar este tipo de argumentación en materiales de diverso género, a veces en obras que se publicaban con el objetivo de seducir inmigrantes e inversores europeos, pero también en obras geográficas de corte académico⁴¹. Tampoco era una rareza el hecho de que los materiales de promoción dirigidos a inversores e inmigrantes incluyeran mapas que daban visibilidad bajo lenguajes, códigos y formatos conocidos a un país lejano y desconocido: los casos abundan, desde los mapas de Arrowsmith reproducidos en la obra de Woodbine Parish⁴² editada y reeditada varias veces tanto a uno como al otro lado del Atlántico a lo largo del siglo XIX con el principal objetivo de atraer inversores ingleses, hasta los mapas publicados para la Sociedad de Fomento de la Inmigración Alemana⁴³.

Pero, ¿en qué se diferencian estos mapas del mapa del Centenario? Mapas como el de Parish o el de la sociedad para el fomento de la migración alemana ponían el acento en el proyecto económico de prosperidad y civilización y, por tanto, solían prestar poca o ninguna atención a los territorios patagónicos (a punto tal de limitar o excluir su lugar en el mapa). En cambio, el espectáculo cartográfico que se montaba como parte del discurso nacional, como en el caso del Mapa del Centenario, comulgaba con una imagen que la República Argentina tenía de sí misma y que devendría en una imagen-logo (por usar la expresión que ha acuñado Benedict Anderson para definir la relación entre cartografía y nacionalismo en los estados modernos). En un contexto en el que el público internacional todavía no asociaba necesariamente la Patagonia a la Argentina⁴⁴, estos mapas insisten en presentarla integrada en el territorio nacional.

Al decir que una de las cuestiones cruciales de esta autoimagen está puesta en la incorporación definitiva e irreversible de la Patagonia al contorno del territorio de la República Argentina, estamos buscando llamar la atención sobre dos puntos. El primero de ellos es que la adición de los territorios australes requería un importante cambio de escala: mientras que la representación del cono patagónico en un recuadro lateral a mayor escala (como se hacía en el

⁴¹ *La République Argentine. La mise en valeur du pays*, París, Librairie Armand Colin, 1920.

⁴² Woodbine Parish, *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata* (Buenos Aires, 1853; la primera había sido *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata from their discovery and conquest by the Spaniards to the establishment of their political Independence* (Londres, 1852).

⁴³ *Eisenbahnkarte der La Plata-Staaten Argentinien, Uruguay u. Paraguay. Herausgegeben vom Verein zur Förderung germanischer Einwanderung*. American Geographical Society, University of Milwaukee, 1905.

⁴⁴ Los mapas publicados en el exterior siguieron limitando el territorio de la Argentina al río Negro. Véase, entre otros, las publicaciones de Rand Mc Nally de los años 1890s.

mapa de Paris y en tantos otros) había permitido un mayor detalle en la representación de las zonas más habitadas y más rentables del país, la nueva imagen de la Argentina sacrificaba esa “economía gráfica” del mapa en beneficio de la congruencia con un discurso geopolítico militante.

El segundo punto es que esta geografía nacional que consagra el mapa venía a resolver algunos problemas históricos de la organización estatal y nacional de la Argentina. Por un lado, esta geografía está montada sobre un esquema tipo *puzzle* en el que cada una de las piezas corresponde a una unidad político-administrativa. Se trata de una partición y, como tal, presupone relaciones equivalentes, tanto entre las partes entre sí como entre las partes y la unidad fraccionada que las contiene: *a prima facie* cada una de las unidades resultantes de la partición guarda una relación de equivalencia (por ejemplo, transitiva, simétrica y reflexiva)⁴⁵ que, en este caso, tiene el efecto de enmascarar la flagrante desigualdad del status jurídico de las provincias y los territorios nacionales⁴⁶. La familiaridad que tenemos con ese esquema nos lleva a olvidar que esa forma de partir el territorio en unidades exclusivas y excluyentes no era el único modo admisible de organizar un territorio⁴⁷. Sin embargo, este diseño se apoyaba en una concepción muy clara y definida acerca de lo que Argentina debía ser: en el contexto de las ofensivas militares sostenidas contra los indígenas –iniciada con las campañas a la Patagonia (1879) y al Chaco (1884)- y de un conjunto amplio de políticas de construcción de la nacionalidad argentina (de entre las que destaca la masificación de la educación pública y el desarrollo de la currícula geográfica) que obliteraron deliberadamente la cuestión indígena, este mapa destaca, como muchos otros de su tiempo, en la eliminación de toda huella de formas de organización territorial indígenas que todavía funcionaban en algunas zonas del Chaco y de la Patagonia (y que estaban organizadas bajo la figura de “territorio nacional”). Así, la “plantilla” de la modernidad se impone sobre un territorio que parece haber sido transformado en una *tabula*

⁴⁵ Tomado de la entrada “partition” de *The Cambridge Dictionary of Philosophy*. Audi, Robert (ed.) Cambridge, Cambridge University Press, 1995 [1999], segunda edición, págs. 647-648.

⁴⁶ Nacidos como restos o residuos territoriales resultados de las sobras que quedaron tras la definición de los límites interprovinciales, entre 1972 y 1900 se crearon diez territorios nacionales, que, desde 1884 se organizaron según lo dispuesto en la Ley Orgánica de los Territorios Nacionales n° 1.532. Los territorios nacionales que se crearon en ese periodo fueron: Territorio Nacional del Chaco, Territorio Nacional de Formosa, Territorio Nacional del Neuquén, Territorio Nacional de Misiones, Territorio Nacional de La Pampa, Territorio Nacional de los Andes, Territorio Nacional de Chubut, Territorio Nacional de Santa Cruz, Territorio Nacional de Tierra del Fuego y Territorio Nacional de Río Negro. Con excepción del Territorio Nacional de Los Andes (cuyo territorio fue repartido entre Jujuy, Catamarca y Salta en 1943), todos los territorios nacionales fueron provincializados entre 1951 y 1991.

⁴⁷ César Vapñarsky, *Pueblos del norte de la Patagonia 1779-1957*, Buenos Aires, Editorial de la Patagonia, Fuerte General Roca; y César Vapñarsky y Graciela Oriz, “Delimitación y subdivisión oficial de los ex Territorios Nacionales, con énfasis en el más antiguo: el Chaco”, versión preliminar, en *Documentos de Trabajo*, N° 24, Buenos Aires, Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR), 1994, págs. 8-12.

rasa respecto del presente y también del pasado.

Ninguno de estos dos enunciados era una novedad: por un lado, hacía más de treinta años que ningún mapa oficial de la Argentina dejaba de incluir la Patagonia. Por otro lado, hacía por lo menos un par de décadas que no se ahorraban estrategias gráficas para disimular los asentamientos de las minorías étnicas⁴⁸. Y si bien entre el público local, la figura territorial argentina ya participaba de un sentido común relativamente ampliado⁴⁹, el espectáculo del Centenario parecía una oportunidad preciosa para convencer a espectadores extranjeros y nacionales que todavía pudieran resultar escépticos de la geografía de este país nuevo.

A ello se le agregan otras claves interpretativas también familiares en las imágenes cartográficas de la Argentina de la época. Según lo que indica la tabla de referencias, en el mapa se han representado “los límites de la Nación”, “idem de Provincia”, “Capitales de Nación” (sic), “idem de Provincia”, “Poblaciones”, “Telégrafos”, “Ferrocarriles y telégrafos”, “idem en construcción”. En congruencia con el temario que propone la leyenda, el elemento más visible del mapa son las líneas que los atraviesan. Evidentemente, gran parte de las líneas que forman el denso entramado que atraviesa el territorio argentino en todas direcciones corresponde a los ferrocarriles y a los telégrafos *en construcción* (no en actividad). Este predominio de la red de comunicaciones proyectada sobre la red real explica el hecho, notablemente curioso, de que en esta imagen apenas resulte perceptible la centralidad exagerada y claramente manifiesta en Buenos Aires de un sistema de transporte que ha sido históricamente radial. Más que eso: casi todos los puntos identificados por topónimos están “hilvanados” por alguna de las líneas asociadas al sistema de comunicaciones, como si se tratara de un territorio armoniosamente articulado.

No puede negarse que este mapa, al igual que casi todos los mapas “argentinos” de la Argentina de su tiempo, expresa la voluntad de retratar un escenario moderno en el que las vías del ferrocarril se despliegan como una marca incon-

⁴⁸ Carla Lois, “De desierto ignoto a territorio representado. Cartografía, Estado y territorio en el Gran Chaco argentino (1866-1916)”, en *Territorio*, n° 10, Instituto de Geografía, Universidad de Buenos Aires. 2002, págs. 16-72 y Carla Lois, “Técnica, política y “deseo territorial” en la cartografía oficial de la Argentina (1852-1941)”, en *Geocrítica. SCRIPTA NOVA. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. X, núm. 218 (52), 1 de agosto de 2006. <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-52.htm>>.

⁴⁹ Hacia fines de los años 1880s esa nueva imagen territorial se encontraba lo suficientemente consagrada como para funcionar como una metonimia de la República Argentina. En ese contexto, el mapa-logo comienza a participar junto a otras imágenes de la cultura visual que se desarrollan en la pujante y activa prensa escrita. He desarrollado esta hipótesis en un trabajo anterior Carla Lois, “Imagen cartográfica e imaginarios geográficos. Los lugares y las formas de los mapas en nuestra cultura visual”. *Geocrítica. SCRIPTA NOVA. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. XIII, núm. 298, 1 de septiembre de 2009. <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-298.htm>>

fundible de progreso⁵⁰. Con una lógica similar, la línea de telégrafo se extiende hasta el estrecho de Magallanes. Allí se interrumpe abruptamente, justo en el punto de contacto con la línea de la costa, donde no se identifica ningún asentamiento de población. ¿Es posible que este trazado se corresponda con una línea telegráfica existente? ¿O forma parte también de ese proyecto territorial que todavía era concretado apenas muy parcialmente?

Cuando se conoce que ninguno de estos símbolos de orden y progreso han tomado esta forma ni este desarrollo, resulta difícil establecer si ello se debe a un exacerbado grado de optimismo o si, más bien, se corresponde con una intención deliberadamente ficticia más próxima a intereses netamente propagandísticos. Los trabajos que militan por la deconstrucción de los discursos nacionalistas a menudo caen en la tentación de atribuir una exagerada intencionalidad conspirativa a estas imágenes y, en detrimento de su carácter proyectual, ponen el acento en situarlas dentro de un conjunto de prácticas de persuasión.

Para relativizar ese tipo de críticas en lo que concierne al caso que aquí se analiza, la argumentación de este artículo ha buscado restituir el valor positivo que tenían los espectáculos de proyectos y el optimismo *vis a vis* del propio proyecto nacional. Desde esta clave de lectura, esta imagen deja de ser un ingenuo o malintencionado instrumento de propaganda para adquirir una notable densidad cultural.

Por otra parte, en vista del escenario de exhibición, parece pertinente revisar el giro “mapa propaganda” para pensar en los modos en que esta figura fue concebida. Hasta hace poco tiempo, ese giro parecía haber quedado reservado casi exclusivamente a aquellos mapas que exhiben explícitamente los criterios artísticos o de diseño que lo inspiran⁵¹. Sin embargo aquí quisiera recuperar un interrogante que he desarrollado más extensamente en un trabajo anterior: a la luz del arsenal de estrategias que intervienen en el diseño de la cartografía oficial de la Argentina y los mecanismos de control que escudriñan muy de cerca el cumplimiento de la legislación cartográfica, ¿no habría que reconsiderar si el mapa oficial de un Estado, tomado por válido, verdadero y científico, puede ser, al mismo tiempo, un mapa-propaganda cuya eficacia comunicacional se garantiza también con el silencio sobre las políticas que animan esas intervenciones sobre la imagen? Considerando que esos mapas han buscado servir para la evangelización de los ciudadanos en la religión del nacionalismo territorial y

⁵⁰ Sobre los mapas que apelaron a este recurso para representar el Chaco argentino como un territorio completamente incorporado al dominio estatal cuando, en realidad, todavía era controlado por comunidades indígenas que restringían severamente el ingreso de agentes estatales y, por tanto, impedían efectivamente la implantación de otras formas de organización territorial compatibles con las del Estado nacional, véase Lois, “De *desierto* ignoto...”.

⁵¹ John Pickles, “Texts, hermeneutics and propaganda maps”. In *Writing Words. Discourse, texts, and metaphor in the representation of landscape*, ed. Barnes, T.J. Duncan, J.S.. Nueva York, Routledge, 1992, págs. 1-17.

que suelen caracterizarse por una preocupación sistemática orientada a instalar ciertas ideas sobre el territorio y la nación y, en esos casos, los mapas se pronuncian explícitamente sobre disputas fronterizas, territorios en litigio, tierras prometidas, identidades territoriales, no parece improbable que pueda pensarse que estos mapas forman parte de un tipo específico de propaganda nacional.

La relativa sencillez del diseño sugiere que las virtudes expresivas de esta imagen no radican en las artes cartográficas ni en su precisión técnica. Al menos, no completamente. Volvamos ahora a repasar brevemente el uso peculiar que se hace del espacio en este folleto publicado por el Comité del Centenario: el lado del texto, consagrado a la descripción de la ubicación física del territorio así como al repaso minucioso de todos los rubros de producción económica y cultural del país, está el espacio del balance, el momento de reflexión sobre el camino recorrido en esos cien años. El texto es el espacio del pasado que se está celebrando.

Por otro lado, la cara de la imagen es el lugar del proyecto y del futuro. Su carácter proyectivo podría haberla eximido de ciertas exigencias y rigurosidades técnicas propias de la cartografía entendida como ciencia de la representación de la superficie geográfica (tal era el sentido que, genéricamente, se le atribuía). Por tanto, cierta lógica asociada al “espectáculo del proyecto” no debería ser descartada como uno de los factores explicativos de esa renuncia a la precisión y al detalle de la representación al que nos referíamos cuando hablábamos del valor cultural de las imágenes de la ciencia en general.

Lejos de ser una contradicción, es en esta articulación entre imagen y texto donde habita la densidad de este mapa como objeto cultural; su capacidad de funcionar como vitrina del pasado y como propaganda del futuro. Ni la sencillez del diseño, ni la simplificación de la información geográfica ni incluso el hecho de que los títulos, leyendas y topónimos del mapa estuvieran en castellano parecen haber sido obstáculos lo suficientemente significativos como para amenazar la eficacia del discurso que, anclado en la geografía nacional, buscaba posicionar a Argentina en el teatro de las naciones modernas como uno de los actores legítimos. Justamente debido a una pertinente combinación de texto e imagen, este folleto expresa la articulación lógica de una narrativa nacional verosímil, deseable y posible.

Conclusiones: celebrar el pasado inventado con una imagen del futuro proyectado

Así como la celebración del Centenario fue una oportunidad para que Argentina se reinventara a sí misma, para que reinventara un pasado mítico que se adaptara a las necesidades del momento, también fue una oportunidad de celebrar el progreso, el futuro y la modernidad. Entre las imágenes del Cente-

nario se cuentan retratos, pinturas de indios, mapas, fotos de paisajes puestos en libros, folletos, estampillas y otros materiales visuales. Entre ellos, la imagenlogo (sencilla y fácilmente reconocible) del mapa proponía el territorio como escenario de la modernidad: a la metáfora ya ampliamente consagrada de la geografía como teatro de la historia, se le agregaba ahora la idea de una geografía como escenario del futuro.

Los mapas nacionales puestos en circulación en la coyuntura de las celebraciones del Centenario inventaban un territorio civilizado, organizado, articulado y moderno. Los modos en que esos enunciados resultaban verosímiles están asociados, por un lado, a la operatividad que estos mapas tuvieron como espacio de escritura y a la credibilidad que tenían en su carácter de logo dentro de una comunidad que compartía una cultura visual. Pero también están vinculados con las formas en que los mapas eran puestos en circulación para ser consumidos, en esa “dialéctica de exhibicionismo y ocultación” que signaba a este tipo de exhibiciones y vitrinas⁵².

El espectáculo de la modernidad que se celebraba con entusiasmo con ocasión de los centenarios de los estados latinoamericanos supo usufructuar los valores positivos adscritos a la ciencia, y también a las imágenes de la ciencia, para articular discursos nacionales y nacionalistas que eran transversales a diversas prácticas sociales. Tal vez con más eficacia que otros dispositivos textuales que podían ser más fácilmente cuestionados, los mapas quedaron embebidos de la legitimidad que se le reconocía a su *ethos* científico y así contribuyeron con relativa docilidad a instalar una imagen del territorio que también funcionaría como una imagen de la nación, tanto en circuitos nacionales como extranjeros. En el contexto de la conmemoración del Centenario, bajo la fórmula del balance y del análisis retrospectivo, los mapas supieron prometer un futuro promisorio.

⁵² Fernández Bravo, “Celebraciones centenarias”, pág. 348.